



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2013, M.<sup>a</sup> Fernanda Heredia

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-698-7

Depósito legal: M-19.816-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: noviembre de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA  
LLUVIA  
SABE  
POR QUÉ

María  
Fernanda  
Heredia

loqueleg



*A Javier.*  
*A mi abuela Isabel.*



—No me gustan los pájaros, mamá.

—¡Son lindos! Mira las palomitas, Antonio.

—No me gustan porque se comen las migas de pan.

—Claro, ¡tienen que alimentarse!

Antonio vio las palomas picoteando en la plaza y, enfadado, añadió:

—Pero si se comen las migas de pan, alguien no va a encontrar el camino de regreso a su casa.

Alba sonrió y lo entendió todo. Abrazó a su hijo pequeño y le dijo:

—No te preocupes. A ti no te ocurrirá lo que a los niños del cuento. Yo te enseñaré cómo hacer para que puedas volver siempre a casa. Te prometo que no te vas a perder.

—No es por eso, mamá.

—¿Ah, no? ¿Entonces?

—Yo tengo miedo de que un día tú no sepas cómo regresar.





Nadie cae con estilo cuando recibe un empujón.

11

Años atrás, cuando Antonio tenía apenas 12, en su primer día de clase en el colegio al que acababa de cambiarse, recibió el empujón de un compañero y cayó a la piscina. Era la *broma* obligatoria de bienvenida para los nuevos. Cuando sacó la cabeza del agua vio a un montón de desconocidos riéndose de él. Los segundos iniciales fueron patéticos: los manotazos de ahogado, el agua en la nariz, el pelo en la cara y ese gesto de alelado que no entiende lo que está ocurriendo. Fue el profesor, también entre carcajadas, quien le extendió una mano para que saliera.

Cuando llegó a casa, su madre le recibió sonriente y con la pregunta habitual:

—¿Me cuentas tu día con tres palabras?

Y, sin pensar, Antonio respondió:

—¡Odio el colegio!

Al rato le confesó lo sucedido. Tenía los zapatos arruinados y la ropa húmeda. Las lágrimas de rabia le resbaban por las mejillas mientras relataba cómo se habían burlado de él.

Alba, en lugar de consolar a su hijo por el mal rato, se agachó y le ordenó:

—Quiero que mañana mismo te inscribas en las clases extracurriculares de natación.

—¡No quiero!

—Lo harás, Antonio. La próxima vez que caigas al agua que solo se te arruinen los zapatos..., no el orgullo. Y que las únicas manos que te saquen de ahí sean las tuyas, ¿de acuerdo?

12 Un mes después de aquel suceso Alba partió para España sin billete de regreso, y Antonio volvió a sentir que se quedaba sin aire.

Desde pequeño se había acostumbrado a hacer maletas. Vivió hasta los 4 años en casa de los abuelos, luego se mudó al departamento que su madre y dos amigas compartían en el centro de la ciudad. Y el siguiente destino fue el departamento de dos dormitorios que su madre logró comprar con sudor e hipoteca en la calle Lisboa. Fue entonces cuando vino el desastre y la maleta final para ambos. La empresa en la que ella trabajaba amaneció un día cerrada sin ninguna explicación, el dueño había sacado del banco todo lo que quedaba y su última inversión de peso fue un candado metálico con el que cerró las puertas.

Antonio tenía 12 años cuando hicieron las maletas juntos por última vez. Solo que en esa oportunidad los rumbos serían distintos. Alba, su madre, no encontró más opciones y decidió irse del país, probar suerte lejos, reventarse el alma en un lugar donde la vergüenza del fracaso tuviera testigos anónimos.

Él se quedaría en casa de Beatriz, la única tía, y su madre volaría a Madrid. El plazo para el reencuentro lo marcaba el dinero: cuando hubiera suficiente se reunirían de nuevo.

—Ya eres un hombrecito —le dijo su madre el día de la despedida, con esa palabra que sonaba a trampa, a no se te ocurra llorar, a no hagamos una escena porque entonces nos quebraremos los dos—. Eres fuerte y sé que entiendes que debo irme porque esto será lo mejor para ambos.

Antonio tenía los ojos enlagunados, pero había prometido que no lloraría.

—Prométeme que regresarás, ma.

—Te lo prometo.

Alba era una fiel militante de la alegría. Aunque a sus 29 años le habían caído encima varios aguaceros, ella siempre decía que la sonrisa era un buen salvavidas, que la ilusión era un motor más fuerte que el de un cohete espacial. No importaba cuán complicadas se pusieran las cosas; ella se sacudía, volteaba a ver a su hijo, sonreía y le decía: «No es tan grave, vas a ver que salimos de esta».

Pero aquel día, cuando se despedían, él se dio cuenta de que por primera vez su madre estaba fingiendo la sonrisa, los labios y la barbilla le temblaban, y la mirada era como una nube gris a punto de desplomarse.

—Anda, regálame un beso y una sonrisa —le dijo Alba.

Y Antonio tuvo que fingir también. Se mordió el labio inferior. Se dejó abrazar, se dejó besar, y luego vio al taxi partir.

No lloró. Ahí no. Era un hombrecito.

Esa misma tarde, con un nudo en la garganta, se lanzó al agua en la clase de natación, y durante diez minutos nadó con todas sus fuerzas, con todo su dolor. Cuando salió de la piscina un compañero le dijo: «Tienes los ojos rojos». Y Antonio mintió: «Es por el cloro».

14 El agua dejó de ser la razón de sus miedos y se convirtió en su desafío permanente para reaccionar cuando perdía pie. A veces se exigía a sí mismo cruzar la piscina sin sacar la cabeza para tomar aire, llevaba sus pulmones al límite solo para demostrarse cuánto era capaz de resistir. Otras veces lloraba en el agua, como cuando se llora debajo de la ducha, y sus lágrimas escapaban sin que nadie pudiera descubrir su fragilidad.

Veinte minutos antes de las cuatro Lucía se dispuso a salir.

15

Después de lo ocurrido, el único lugar al que podía ir sola era el taller. Esa posibilidad de caminar en soledad era un alivio, pero esto no salvó a Lucía del discurso pronunciado por su madre:

—Llámame cuando llegues. Regresa apenas termine la clase. Si a las cinco y media no estás aquí, saldré a buscarte. ¿Entendido?

Lucía guardó un libro, un cuaderno y los hilos de colores en el bolso, se despidió de su hermana Bárbara y salió de casa.

El taller no quedaba demasiado lejos, apenas quince minutos en el autobús de la línea 4 y una manzana a pie. Se colocó los auriculares e introdujo el extremo del cable en su bolsillo sin conectarlo a ningún dispositivo. Así parecería que estaba escuchando música y nadie la importunaría. Los auriculares tenían eso de bueno, se convertían en una barrera; si alguien quería abordarla en el autobús con comentarios sobre el clima o con esas

preguntas trilladas de ligue antiguo: «Disculpa, ¿te conozco?» o «¿Tendrás la hora?», ella podría seguir leyendo su libro y hacer como si no hubiera escuchado nada. Esos dos botones dentro de los oídos eran una buena manera de decir «no me interrumpas, no te escucho, aléjate».

Llevaba dos semanas asistiendo al taller artesanal, casi el mismo tiempo desde que su vida había cambiado para siempre. Fue la única concesión que hicieron sus padres luego de lo ocurrido. Las salidas con amigas terminaron; las fiestas y reuniones quedaron prohibidas; su vida social, congelada. Pero Lucía no protestó. No le quedaban fuerzas ni ganas ni amigos.

Lejos de lo que opinara su familia, el taller no tenía nada que ver ni con vocación ni con obligación; el taller era su espacio para no pensar, su pretexto para salir de casa y respirar. El colegio exigía la práctica de un deporte o el aprendizaje de un oficio durante las tardes como complemento al plan de estudios, y esta parecía una buena opción. Sobre todo, considerando que Lucía no quería apuntarse a ninguna de las alternativas que su colegio ofrecía.

El día en que se inscribió, la encargada del taller, una señora gorda con pinta de chiflada llena de collares y pulseras sonoras, le preguntó qué curso elegiría. Los había de cerámica, de carpintería decorativa, de pintura de tela...

Lucía la miró con indiferencia y respondió:

—Me da igual.

La mujer le repitió con entusiasmo las opciones y quiso saber cuáles eran los gustos o intereses de la futura alumna, pero Lucía solo repitió en voz bajita:

—Me da igual.

La mujer la miró con extrañeza, abrió un cuaderno caótico repleto de papelitos y garabatos, tomó nota de su nombre, dirección y teléfono; y luego la apuntó, por supuesto, en la clase que ella misma impartía y que, casualmente, era la que no tenía ni un solo alumno: taller de joyas *hippies*.

—No creo que mis padres acepten que yo aprenda eso —dijo Lucía cuando la vio escribir su nombre en el cuaderno.

La mujer suspiró con picardía y respondió:

—No te preocupes, querida, eso está previsto. El diploma que te entregaremos al final del curso dice: «Diseño de *bijouterie* y joyería étnica». ¿Verdad que suena importante?

Lucía sonrió y se sintió extraña. Le parecía que habían pasado siglos desde la última vez que había sonreído.

—Comenzaremos con el módulo de pulseras. ¿Te gustan los nudos? —le preguntó la instructora haciendo ruiditos de *clin clan clin clan* mientras se movía.

—¿Perdón?

—¡Por Dios, niña! ¿Sabes lo que es un nudo?

Lucía la miró y casi sin pensarlo respondió:

—Claro..., mi vida es un nudo.